

la adjetivación doble), cuando se hallan en Darío o en don Ramón, provengan de Eça, pues igualmente pueden proceder de Bécquer. (El influjo de Bécquer sobre la prosa posterior está aún por estudiarse).

Ojalá salga pronto a luz la segunda parte de esta obra excelente, que el autor anuncia como en preparación, y en la cual se tratarán "los aspectos estilísticos más amplios, como la metáfora, visión y técnica descriptiva del hombre y las cosas, la correspondencia entre los temas y el estilo y otros" (p. 16, nota 2). Al igual que la primera, servirá sin duda de modelo y estímulo a todos los que trabajan en el campo de las modernas letras portuguesas e hispanas.

WILLIAM L. FICHTER

Brown University.

RAMÓN J. SENDER, *Unamuno, Valle Inclán, Baroja y Santayana*. México, 1955; 170 pp. (Col. *Studium*).

Dos novedades tiene este libro: la clasificación de Santayana como figura principal de la generación del 98 y un feroz desprecio por la persona y obra de Unamuno.

Según el editor, estos ensayos son de una "aguda originalidad". Vislumbres de originalidad las hay, por cierto, en lo que dice Sender del estilo de Valle-Inclán, de su manera de concebir "por colores" (p. 54) y del predominio de "vocales luminosas"¹. La crítica siempre ha destacado la musicalidad de Valle-Inclán, pero, según Sender, lo fundamental en su estilo es el uso instintivo del color y la luz: "transposiciones del color en estados equivalentes de ánimo o de conciencia y sensibilidad" (p. 59).

También tiene pretensiones de originalidad el último ensayo, "Santayana y los castellanos interiores", en el que Sender trata de señalar el supuesto castellanismo del filósofo de Boston. El mismo Santayana admitió poco antes de morir su íntima españolidad²; pero, aunque pueda representar "fielmente el espíritu que se atribuye a esa famosa generación" (p. 137), nos parece excesivamente arbitrario proponerle para "una especie de comité ejecutivo" del 98. Es verdad que comparte con los del 98 sus principios de escepticismo en materia religiosa, el pesimismo en la política y la desesperanza "en su idea moral del hombre". Pero Santayana tenía sólo nueve años al salir de España en 1872 y se formó en un ambiente muy remoto del de Azorín, Baroja, Unamuno y Valle-Inclán. Sin embargo, Sender basa su tesis no en lo que absorbe Santayana de su ambiente, sino en lo que hereda su sangre.

En el más "original" y discutible de los cuatro ensayos, "Unamuno,

¹ La más "luminosa" es la *a* (*plata, alborada, mañana, vía láctea, escarcha, azahar*). Cree además que la *a* tiene calificación moral. "La harina, la masa, el pan, la hogaza —muchas *aes*— es alimento bueno y sin malicia. Lo contrario es el veneno, el tósigo, el bebedizo, el filtro (todos sin *aes*)" (p. 55). "Calificación moral" algo dudosa, en cambio, parecen tener ciertas palabras con *a*, por ejemplo *lascividad, matanza, bo-rrachera, mancha, amoralidad*, y otras que por indecorosas pasaremos por alto.

² "In feeling and in legal allegiance I have always remained a Spaniard", dijo en *The American Scholar*, 22 (1953), p. 284.

sombra fingida”, Sender nos cuenta sus relaciones desde 1930 a 1935 con don Miguel. Subraya la intimidad de este trato hablando casi como si Unamuno nos fuese desconocido: “La verdad llana y simple es que con frecuencia Unamuno era insoportable en su obra y en su vida” (p. 9). Añade que “el español ha demostrado su generosidad aceptando a Unamuno, . . . independientemente del peso y valor específico de su obra. Que es, incidentalmente, el más bajo del grupo del 98” (p. 7). Con su “incomprensión de maestro ciruela” (p. 149), Unamuno no es para Sender más que “un poeta frustrado” (p. 9) que fue “de victoria en victoria (durante su vida) hasta el vencimiento último representado por la ruina de su obra y por el olvido invasor” (p. 18). Casi nada de lo ya citado, ni otras sorprendentes observaciones (como ésta de la p. 15: “De todos los del 98 el menos filosófico, aunque parezca extraño, era Unamuno”) reciben el menor apoyo en ejemplos o en razonamientos.

Es de sumo interés, por su obvia incomprensión, lo que dice de la *Vida de don Quijote y Sancho*: al profesor Sender no le gusta este libro por “desmayado y bajo” (p. 8), y cree que Unamuno “odiaba a Cervantes por haber escrito el *Quijote*” (p. 15), cuando de lo que se trata no es de odio, sino de teoría y hasta de generosidad. Decía Unamuno en 1916: “Lo que yo escribo es, después que lo he escrito, de quien quiera aprovecharse de ello, y si acierta a avalorarlo mejor que yo, es más suyo que mío”³. Lectura recreadora; y así, el *Quijote* es de todos los que lo lean. Si Sender hubiera llegado al final de *Niebla* —confiesa que no pudo (p. 8)—, habría visto mejor, tal vez, la función que tiene en el pensamiento de Unamuno el personaje autónomo⁴. Unamuno imaginaba un don Quijote libre de su autor, pero no por envidia a Cervantes, sino porque admiraba la mágica realidad del personaje que una vez creado cobra vida propia.

A quien lea este ensayo completo le parecerá ridícula la afirmación de Sender de que “en la apreciación de la obra de Unamuno creo que he sido siempre desapasionado” (p. 8). Hasta el título del ensayo rezuma apasionamiento y desprecio. Un ensayo “crítico” exige cierta objetividad y buen sentido, y algo más que anécdotas fáciles que sólo sirven para denigrar. Si fuese éste, de verdad, un ensayo “crítico”, en él se juzgaría a Unamuno por su obra y no por sus excentricidades personales. Cuando Sender discute la obra de Unamuno lo hace de pasada y, como ya hemos dicho, sin el apoyo de ejemplos ni razonamientos.

Es más generoso con el otro vasco. Hace notar que Baroja es “divagatorio, sentimental, pobre de palabras, incorrecto de sintaxis, irregular” (p. 109), pero todos estos defectos contribuyen a una amenidad general “en un hombre en quien lo único activo, creador y capaz de expresión es la sensibilidad” (p. 135) —cosa que, por otra parte, hace ya muchos años que dijo Ortega y Gasset. Baroja acierta en el comentario, “aunque sus aciertos son de poeta y no de hombre de razón” (p. 101).

³ *Obras completas*, A. Aguado, Madrid, 1952, t. 5, p. 11.

⁴ Excelentes observaciones generales acerca de esta función pueden verse en el artículo de JOSEPH E. GILLET, “The autonomous character in Spanish and European literature”, *HR*, 24 (1956), 179-190.

A pesar de los evidentes prejuicios en su interpretación de Unamuno, este libro de Sender es ameno por su atención a la personalidad de cuatro grandes figuras y, también, por algunas divagaciones: las que tratan del *Quijote*, la *Celestina* y la técnica moderna. Como Baroja y Unamuno, el novelista-profesor aragonés tiene una obsesión antropocéntrica; le es imposible separar el hombre de la obra. Él mismo dice que "la crítica no se ocupa en España tanto de libros como de autores" (p. 107). En esto, precisamente, estriba el atractivo y la debilidad crítica de sus ensayos.

PETER G. EARLE

Princeton University.

JORGE LUIS BORGES, *Leopoldo Lugones*. Edit. Troquel, Buenos Aires, 1955; 99 pp.

JUAN CARLOS GHIANO, *Lugones escritor. Notas para un análisis estilístico*. Edit. Raigal, Buenos Aires, 1955; 177 pp.

El interés del libro de Borges está garantizado por la firma del autor, y anunciado ya en la portada: la máxima figura de la literatura argentina contemporánea enjuicia a la máxima figura de una generación anterior. Mayor aún es el interés para quienes conocen la evolución de las ideas de Borges sobre Lugones¹. Han pasado unos treinta años desde la época de *Prisma*, *Proa* y *Martín Fierro*, y ahora Borges nos da, con su característica precisión y originalidad, quizá su palabra definitiva sobre Lugones.

Es un libro personalísimo. Nadie sino Borges hubiera podido escribir ciertas páginas. Cabría comentarlo, pues, desde dos puntos de vista, ambos tentadores: viendo, por una parte, la opinión que de Lugones tiene Borges, y, por otra, lo que éste nos revela, a través de ella, de su propia persona como hombre y como escritor: sus predilecciones y sus rechazos nos hacen comprender su obra misma, pues el Borges crítico sigue siendo siempre el Borges creador.

Borges y su colaboradora, Betina Edelberg, afirman que su ensayo es una modesta introducción a la obra de Lugones. Después de un breve capítulo sobre el modernismo (pp. 13-24), estudian primero al poeta, libro por libro y en orden cronológico (pp. 25-49), y luego al prosista (pp. 51-74). Para la prosa prefieren una clasificación temática (lo argentino, lo helénico, la política, las narraciones). Las páginas finales (75-98) recogen tres artículos publicados antes en revistas: "Las «nuevas generaciones» literarias", documento imprescindible para el futuro historiador de las letras argentinas; la prosa "Lugones" (*Nosotros*, 2ª época, mayo-julio de 1938), aparecida a raíz de su muerte, y, de fecha más

¹ Esta evolución puede estudiarse en los siguientes textos: Carta de Borges a A. A. Bianchi, reproducida en *Nosotros*, 19 (1925), núm. 191, p. 547; *Índice de la nueva poesía americana* (pról. de Hidalgo, Huidobro y Borges), Buenos Aires, 1926, p. 15; "Las «nuevas generaciones» literarias", *El Hogar*, febrero de 1937 (Borges recoge este trabajo en su libro, pp. 75-80, y GHIANO cita en el suyo, pp. 164-165, la reacción de E. González Lanuza a esa nota); J. L. BORGES, S. OCAMPO y A. BLOY CASARES, *Antología poética argentina*, Buenos Aires, 1941, pp. 8 y 11.